

LA TRENZA



◆ ANDREA GORGONIA TREVIÑO

Tu abuela trenza tu pelo para que sus palabras se asienten detrás de tu oreja y no se vuelen al aire cuando lo veas. Agarra cada rizo con fuerza; jalando, tirando, aunque este siga ardiendo por esperar a tu hombre bajo el sol. Toma un mechón con otro y los entrelaza con historias, cantos y pasajes. Su olor se queda grabado en cada trenza que hace. En cada hueco, ella se encarga de hacer un espacio para las mujeres de esta casa y así nos lleves presentes en el cuerpo. Entrecruza en tu sien la vida por llegar de todas las demás.

*Mira Catita, escúchame bien,
ese muchacho no te conviene
¿qué te va a dar él
que no te demos ya?*

Ha trazado un camino en tu cabeza, es en él que nos encontramos las demás. Una ruta de migraciones, Cata. Desde ahí partió Elena, tu hermana, perdida aún en la infertilidad. Dijiste “hay viajes de tierra y todas los hemos vivido, pero, a Elenita, Dios santo, ¿de qué migración se trata cuando no pueden cruzar los espermas a la casa del óvulo con el fin de procrear?”. Es infértil, te responde tu abuela, recorriendo con sus dedos tu piel. Las dos palabras te suenan, más bien, a sentencia. Es infértil. Infértil como el suelo que dejas atrás con tu novio, porque no hay nada que sembrar.

*Bueno, ¿y qué hace ese tal Lino, eh?
¿De dónde te lo sacaste tú?
no, Cata, si estás bien bárbara,
yo mandándote por el pan
y tu trayéndote a un hombre.*

Callas el hecho de que tu trenza fue lo primero que él vio en ti. Son las uñas de tu abuela las que te raspan la conciencia. Son sus manos las que destierran el recuerdo de la primera plática que tuviste con él, esa misma que guardaste en la memoria antes de emprender el viaje.

Tu piel blanca, tersa, le recuerda a tu novio el algodón que plantaba en su niñez. Le recordó, sobre todo, que del otro lado había todavía una posibilidad de seguir; allá donde el cielo cae sobre sus hombros, ese mismo que le deja la piel tostada. Allá donde el sol dobla la esquina de una tierra que nunca has visto. Sueñas con que tu cabello se hace uno con la noche y cuando despiertas solo queda el rastro de un lazo perdido. Partes una mañana con la misma seguridad en que tu abuela parte la línea en tu cabello. Y tal vez, solo tal vez, allá del otro lado estés mejor.

Pero la tierra prometida nunca viene. En cambio, se reemplaza por una sultana en el Norte más lejos que la tierra del ejido que dejas atrás. Por eso la abuela te agarra fuerte para que no te le vayas a ir. Y es que qué ganas de trenzarte al piso como si pudiera enmendar lo que hizo tu prima Mercedes la sequía anterior. “Ay Meche... Si tan solo pudiera traerla al nombrarla. Quitar esa vaga sensación de que alguna vez estuvo aquí”. Desde que se fue, tu abuela no hace más que musitar su nombre arrastrando las vocales lentamente. Se le ha formado una mueca en la boca de solo recordarlo.

*Con ella si debieron tener cuidado, hija
la hubieran trenzado al piso para que no se la llevara el fulano ese
o quitarle el té por el que te mandaron años antes de que se fuera*

Antes de terminar tu peinado le escuchaste decir que tu prima tendría dos hijas, aunque solo una cruzó la puerta de su pelvis, iniciando así la migración terrenal. Mercedes dio a luz a una niña y a una sombra. Ella las quiso juntar en una trenza también. Pero esas mujeres ya estaban malditas mucho antes de que el cabello te saliera de la sien. Para ellas son estas trenzas de memorias y maldiciones. Tú mejor que nadie sabes que los cuerpos no resisten los adentros de un vientre carcomido de hambre y pena.

Tu abuela te trenza duro y fuerte como si pudiera enmendar el presagio que le vino en la tarde cuando tus ojos se llenaron de sol al ver a Lino pasar. *Era como si la virgencita me hablara, hija.* No la escuchas. Sus ojos se ahúman enteros y en ese mítico pesar lo recuerdas una vez más: tu Lino que te esperaba a las orillas del pueblo.

*Así claritito la sentí zumbando en mis oídos, te dice;
Me vino todo de repente a los ojos,
nos vi agarradas de las manos
y nos unía cabello, mucho cabello, cabello hasta los pies.*

Va a agarrar todos los mechones en uno, Catita. Los unirá con un lazo eterno. En esta trenza que acaba con tu cabello negro, cuidas las historias de las que te siguen. Vamos a viajar siempre juntas. No importa migración sobre tierra, río, cuerpo y mar; has de cargarnos pendientes del tejido silente de la memoria; tejidas entre cuerpo, alma y el recuerdo de algo que está por llegar. ●

